



Mary Cholmondeley

UN GUISO DE LENTEJAS

Traducción del inglés

Ricardo García Pérez



Título original: *Red Pottage*

© de la traducción: Ricardo García Pérez, 2019

© de las guardas: Dmitry Remesov, Nonika Star/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: marzo de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-16858-87-3

Depósito Legal: M-3992-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



A Victoria

Lo bueno no se me mostró distante

No me faltó vuestra suave reprobación
ni la dorada generosidad de vuestro elogio¹

¹ Alfred L. Tennyson, extractos de «To– (“My Life is full of weary days”)». (Todas las notas al texto son del traductor).

CAPÍTULO I

*En la tragedia, ¡Dios sabe
que los villanos no tienen razón de ser!
Son las pasiones las que determinan la trama:
Lo que nos traiciona es la falsedad interior.*

GEORGE MEREDITH²

«No puedo salir», decía el estornino de Sterne asomándose por entre los barrotes de su jaula.

«Yo saldré», se dijo Hugh Scarlett, que no veía ningún barroto, pero tenía cierta sensación de que había una jaula. «Yo saldré», repetía mientras su cabriolé le trasladaba raudo desde la casa de Portman Square, donde había cenado, a esa otra casa de Carlton House Terrace, adonde sus pensamientos habían viajado antes que él adelantándose al ti-tloc, ti-tloc, ti-tloc del caballo.

Era una calurosa noche de junio. Se había retirado el gabán y la multitud de transeúntes que había en la calle podría ver, si le hubieran interesado, «el espejo de la cultura»³ con forma de chaleco y pechera de camisa blancos, coronados por el semblante bien parecido

² Del poema «Love's Grave».

³ *Hamlet*, acto III, escena 5. Trad. de Leandro Fernández de Moratín.

e irritado de su propietario, recostado en el asiento y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

Ti-tloc, ti-tloc, ti-tloc, proseguía el caballo.

En un cuarto de hora se pueden condensar infinidad de pensamientos, sobre todo si se lleva evitándolos mucho tiempo.

«Yo saldré», volvía a decirse con un gesto de impaciencia. La intriga común y corriente que hacía un año le resultara tan novedosa y atractiva estaba empezando a cansarle. No lo reconocía ante sí mismo, pero se había cansado de ella. Tal vez la razón por la que las resoluciones concluyentes se han granjeado una reputación tan pésima como la de los adoquines reside en que no suelen ser consecuencia del arrepentimiento, sino de la agitación que acosa a un placer evanescente. Esta *relación* había sido, en alternancia, su orgullo y su bochorno durante muchos meses. Pero ahora se le estaba convirtiendo en otra cosa, que es lo que siempre había sido, aun cuando no se hubiera dado cuenta hasta hacía muy poco: en unas cadenas, en un obstáculo, en algo fastidioso de lo que había que librarse y apartar de la vista. Definitivamente, había llegado el momento de la resolución concluyente.

«Le pondré fin —volvió a decirse—. Gracias a Dios que ni un alma se lo ha imaginado jamás».

¿Cómo podría haberlo imaginado algún alma?

Recordó el día en que, un año antes, la conoció y vio en ella tan sólo a una mujer bonita. Recordó otros días y la paulatina construcción entre ambos de un palacio de ensueño. Él colocó una piedra aquí, ella otra allá, hasta que, se convirtió... en una prisión. ¿Había sido él quien la había tentado o se había limitado a sucumbir él a la tentación? No lo sabía. No le importaba. Sólo quería salir de allí. Sus

mejores sentimientos y su conciencia se despertaron con el primer roce del cansancio. El breve capricho siguió su devenir. Se le había arremolinado y descentrado el juicio —él decía que se le había arremolinado, pero, en realidad, sólo se había modificado un poco—, había recorrido su órbita vertiginosa y ahora el hilo de sujeción le había devuelto al punto desde el que había partido, es decir, el de que no era más que una mujer bonita.

«Romperé con ella poco a poco», se dijo como el principiante que era, y proyectó ante sí imágenes mezquinas en las que ella lo maltrataba, le reprochaba cosas, probablemente comprometiera su reputación..., las cartas que ella le escribiría. Por encima de todo, no debía leerlas. ¡Oh! ¡Qué cansado estaba ya de antemano de todo eso! ¡Por qué había sido tan necio? Contemplaba el fin de la *relación* como un mal marinero contempla un trayecto marítimo inevitable al final de una singladura. Era necesario recorrerlo, pero la perspectiva de padecerlo le llenaba de repulsión.

Una berlina le adelantó presurosa, deslizándose sobre sus silenciosas ruedas, y la mujer que viajaba en su interior captó un destello del rostro altivo, rasurado, mitad brutal y mitad taciturno del interior del cabriolé.

«Ira, impaciencia y remordimiento», se dijo ella mientras terminaba de ajustarse los guantes.

«Gracias a Dios que ni un alma se lo ha imaginado en ningún momento», repetía Hugh con fervor mientras el cabriolé empezaba a frenar de repente.

Instantes después, Hugh tomaba la mano de Lady Newhaven, que estaba de pie en la entrada del salón ambarino junto a un bosquecillo de orquídeas rosas.

Departió un instante, saludó a Lord Newhaven y prosiguió para adentrarse en los salones abarrotados. ¿Cómo podría alguien haberlo imaginado? Jamás había rozado a Lady Newhaven el menor hábito de escándalo. Era una mujer muy hermosa, vestida de satén blanco con diamantes, de pie junto a sus orquídeas rosas, cerca de su esposo, un hombre con mirada de fatiga y modales caballerosos. Tal vez su cabello rubio fuera cerca de la raíz un tono más oscuro que en las puntas onduladas; tal vez sus ojos azules no armonizaran del todo con las pestañas azul marino; pero el efecto en su conjunto exhibía la exquisita perfección convencional de un fotocromo retocado con destreza. Como es natural, los gustos difieren. A algunas personas les gustan los fotocromos y a otras, no. Pero incluso quienes sienten agrado son propensos a acabar distanciándose de ellos. Puede ser que despierten cariño o admiración, pero nunca fidelidad. En su momento, la mayoría hemos fijado en nuestras paredes clavos que, si bien ahora sostienen con decoro los grabados y aguafuertes de etapas de mayor madurez, fueron en todo caso clavados originalmente para sostener los apreciados y hace mucho tiempo desechados fotocromos de nuestra juventud más alocada.

El sol de diamantes que descansaba sobre el pecho de Lady Newhaven se estremeció un poco, un poquito, cuando Hugh la saludó, tras lo cual ella se volvió para brindar la misma sonrisilla y la mano enguantada al siguiente invitado, cuyo nombre se adelantaba saltando de lacayo en lacayo.

—El señor Richard Vernon.

Los grandes ojos azules de Lady Newhaven miraron con vaguedad. Su mano vaciló. Ese hombre de complexión fuerte y mal vestido, con el rostro muy bronceado y surcado de cicatrices profundas y la boca torcida, le era desconocido.

Lord Newhaven se adelantó a toda prisa.

—¡Dick! —exclamó, y Dick disparó una inmensa mano de color caoba para estrechar con calidez la de Lord Newhaven.

—Maldita sea —dijo una vez que Lord Newhaven le presentó a su esposa—, que me ahorquen si sabía quién eras. Recogí tu invitación en el club ayer, cuando desembarqué, así que decidí venir y ver quién eras. Y resulta que, después de todo, eres tú, Cackles⁴. —La costumbre de Lord Newhaven de guardar silencio le había valido el apodo de «Cackles»—. Pensé que iba a entrar..., bueno..., ejem..., en sociedad. No sabía que tuvieras título. ¿Cómo averiguaste que estaba en Inglaterra?

—No lo averigüé, mi querido amigo —respondió Lord Newhaven llevando a un lado con amabilidad a Dick, cuya espalda obstaculizaba sin reparo la afluencia de nuevos invitados—. Me agrada..., bueno, estoy encantado de verte. ¿Qué tal van los vinos? Pero supongo que en la lista de mi esposa debe de haber otros Dick Vernon. ¿Has traído la invitación?

—Más bien —contestó Dick— la llevo siempre desde que me echaron del baile de un minero en Broken Hill por haberla olvidado. Recuerdo que en ella se decía: «No se permitirá la entrada a los caballeros que asistan con cuello postizo». Un acordeón y velas en botellas. Excelente, mientras duró. Me hubiera gustado que estuvieras.

—Ojalá hubiera estado.

El ojo cansado y medio cerrado de Lord Newhaven se entreabrió un poco.

—Pero parece que tuvo un final desafortunado.

⁴ En inglés, «risotadas».

—En absoluto —corrigió Dick mientras volvía la cabeza para observar a los recién llegados—. Bonita joven, esa; echaré un vistazo enseguida a toda la cohorte de ellas que lleguen. El día siguiente vinieron a decirme que había sido un error, pero hubo cuatro o cinco tullidos que lo descubrieron la noche anterior. Aquí está la invitación.

Lord Newhaven la miró con atención y, acto seguido, estalló en una carcajada.

—Es de hace cuatro años —dijo—. Debí de añadirte a la lista de mi madre sin saber que te habías marchado de Londres. Es su caligrafía.

—Llegó un poco tarde —señaló Dick con tranquilidad—, pero por fin estoy aquí. Ahora, Cack... Newhaven, ya que ese es tu nombre aristocrático..., como estoy aquí, haz desfilar a unas cuantas ricas herederas, ¿quieres? Me gustaría llevarme un par de ellas. Oye..., ¿debería ponerme los guantes?

—No, no. Déjalos prendidos en tu magnífico porte, como los llevas ahora.

—Gracias. ¿Supongo, viejo amigo, que voy bien así? Hace cuatro años que no me meto en un traje de noche.

A Dick le quedaban cortos los pantalones y se los había anudado con la corbata blanca haciéndole una cinturilla. Lord Newhaven había reparado en ambos detalles antes de reconocerlo.

—Lo bastante —dijo con presteza—. Bueno, ¿quién va a ser la afortunada mujer?

El ojo de halcón de Dick se paseó por la multitud del segundo salón, ante cuya entrada se encontraba.

—Esa —dijo—, la joven alta del vestido verde que está hablando con el obispo.

—Tienes un ojo maravilloso para las herederas. Has escogido a la más importante de Londres. Es la señorita Rachel West. Dijiste que querías un par.

—De una en una, gracias. La llevaré a cenar. Supongo..., eeh..., que hay cena en esta especie de velada, ¿verdad?

—Algo parecido. No temas por el vino; no es tuyo.

—Te pillé ofreciendo tu mejor vino a la multitud —replicó Dick—. El obispo se va. Deprisa.

CAPÍTULO II

*Mas cuando tanteó en la pared, dos manos
se abalanzaron sobre él y el rey dijo a su espalda:*

«Eres hombre muerto, no obras bien».

RUYARD KIPLING⁵

Hugh atravesó el primer salón y, al cabo de un cuarto de hora, se descubrió a las puertas del segundo. Había llegado tarde y los salones ya se despoblaban.

Junto a la ventana abierta había una mujer con un vestido verde pálido, cuyo perfil blanco se dibujaba sobre el marco de oscuridad mientras escuchaba con palpable entretenimiento al hombre alto y mal vestido que la acompañaba.

Los ojos de Hugh se desprendieron del velado desprecio con el que tenían por costumbre contemplar a la sociedad y de la benévola condescendencia con que acechaban a las mujeres bonitas.

Rachel West volvió la cara despacio y sin fijarse en él, pero a Hugh le dio un vuelco el corazón. No era hermosa, más allá de la belleza que confiere la salud y de esa cierta dignidad en el porte que es fruto de la

⁵ Del poema «The Ballad of the King's Mercy» («La balada de la misericordia del rey»).

sintonía entre la cabeza, las manos y un cuerpo que mantiene la unidad con una mentalidad por entero inconsciente de sí misma. No tenía la nariz larga que con tanta frecuencia usurpa más de lo que le corresponde en los rostros de las personas bien educadas ni tampoco tenía, ¡ay!, esa afectación que todo lo redime. Sus rasgos eran tan poco significativos como el tono de su piel. La gente raras veces reparaba en que el pelo de Rachel era castaño y en que sus ojos hundidos eran grises. Pero sobre su rostro serio se veía escrita con claridad la expresión «dispuesta a ayudar»... y algo más. ¿Qué era?

Del mismo modo que detectamos en el semblante de los marineros los vestigios de las arremetidas de la tormenta, el sol, los océanos y, en torno a los ojos, esas arrugas de la piel nacidas de la prolongada observación en la penumbra, así en algunos rostros serenos y puros como el de Rachel, que jamás han sido azotados por el sol y la lluvia, podemos reconocer una expresión que presagia una firme resistencia interior al embate de un torbellino externo. ¡Quién contemplará impasible las marcas del conflicto y la resistencia sobre un rostro joven! La Madre de Jesucristo debió de haber apreciado gran diferencia en su Hijo la primera vez que lo vio tras las tentaciones del desierto.

La despreocupada mirada adusta de Rachel se detuvo en Hugh. Los ojos de ambos se encontraron y él percibió de inmediato, no sin asombro, que ella lo reconocía. Pero no lo saludó y, un instante después, abandonó los salones casi vacíos con el hombre que le hablaba.

En Hugh, presa de la excitación, ya no se reconocía su anterior actitud, mitad desdeñosa, mitad displicente. Esa mujer debía ser su esposa. Lo salvaría de sí mismo, de ese incansable y cínico que jamás permanecía en una única estancia. La debilidad reconocida a

medias en su naturaleza se superponía inconscientemente a la fuerza de ella, una fuerza que había sido puesta a prueba. Ella lo amaría y lo sostendría. Si esa alma pura y fuerte se mantenía cerca de él, se acabaría la complacencia ante las circunstancias. Se apoyaría en ella y jamás volvería a vérselo en las desagradables veredas de estos últimos años. La presencia de ella aligeraría toda su existencia. No sentía ningún temor, ningún recelo, en medio de aquella insensatez momentánea que, después de todo, acaso no fuera más que una intuición profética. Pensaba que teniendo ese rostro no era posible que fuera tan malvada para rechazarle.

«Se casará conmigo —se dijo—. Debe hacerlo».

Lady Newhaven le rozó el brazo con suavidad.

—No me atreví a hablarte antes —comentó—. Casi todo el mundo se ha marchado. ¿Me acompañas abajo a cenar algo? Estoy agotada.

La miró sin fijarse.

—¿Te he molestado? —preguntó ella con vacilación.

Y con un espantoso sentimiento de asco repentino, recordó. El triste fotocromo se había caído de golpe de su clavo. Pero el clavo seguía allí..., disponible. La llevó al comedor y le buscó una copa de champán. Temiendo la vaga insinuación de un conflicto, ella se hundió en un sofá junto a otra mujer. Agradecía que Rachel se hubiera marchado ya. Dick, casi el último, estaba poniéndose el abrigo mientras concertaba con Lord Newhaven encontrarse en el club la mañana siguiente. Habían estado juntos en Australia y, por lo que parecía, eran viejos amigos.

Cuando Dick se marchó, reaparecieron los modales apáticos de Lord Newhaven. Hugh introdujo el brazo en una manga del abrigo. Se apoderó de él un instinto de fuga, un leve espanto ante la mujer

enjoyada que le observaba a hurtadillas por entre los párpados caídos y a través de la puerta abierta.

—¡Ah, Scarlett! —dijo Lord Newhaven reteniéndolo con languidez—. Necesito tres minutos de su valioso tiempo. Acompáñeme a mi despacho.

—¿Otra ballesta para la abadía de Westhope? —preguntó Hugh tratando de hablar con despreocupación mientras seguía a su anfitrión hacia una estancia trasera de la planta baja.

Lord Newhaven coleccionaba armas para el corredor de su casa de campo.

—¡No! Algo mucho más sencillo que esos complejos artefactos —dijo el hombre mayor al tiempo que encendía la luz eléctrica.

Hugh entró y Lord Newhaven cerró la puerta.

Sobre la repisa de la chimenea colgaban algunas viejas carabinas japonesas con incrustaciones y, debajo, un surtido de pistolas.

—Ahora son inservibles —dijo Lord Newhaven acariciándolas con cariño—. Pero la sociedad —añadió con una sombra de apatía más alargada que antes— se ha acostumbrado a pasar sin ellas y hace mal, aunque debemos amoldarnos a la situación.

Hugh se sobresaltó un tanto y, a continuación, se quedó inmóvil.

—¿Ve estas dos cerillas, Scarlett? Una es un par de centímetros más corta que la otra. Llevan un mes esperando sobre la chimenea, hasta que tuviera oportunidad de llamar su atención sobre ellas. Estoy seguro de que nos entenderemos a la perfección. No se debe mencionar ningún nombre. Se debe evitar todo escándalo. Estoy seguro de que no vacilará en brindarme la única reparación que un hombre puede ofrecer a otro en las circunstancias un tanto manidas en las que nos hallamos.

Lord Newhaven sacó las cerillas del vaso de cristal. Miró de repente al rostro estupefacto de Hugh y prosiguió:

—Lamento que la idea no sea mía. La leí en una revista. Pese a que es relativamente moderna, promete volverse muy pronto tan habitual como las pistolas para dos y el café para cuatro de los que tanto hay que arrepentirse. Yo sostengo las cerillas de este modo y usted escoge una. Quien extraiga o se quede con la más corta se compromete a abandonar este mundo en un plazo de cuatro meses, ¿o debemos decir cinco, teniendo en cuenta que llegará la temporada del faisán? Que sean cinco. ¿De acuerdo? ¡Así de simple! ¿Quiere extraer una?

Un espasmo instantáneo recorrió el rostro de Hugh y en los ojos de Lord Newhaven, fijos en él con atención, saltó el destello de una fiera.

Transcurrió un fugaz segundo en el que la mente de Hugh flaqueó, igual que la llama de una vela titubea ante una súbita corriente de aire. Los ojos de Lord Newhaven brillaban. Le aproximó las cerillas unos centímetros más.

Hugh pensó después que, si no las hubiera aproximado esos centímetros, se habría negado a escoger una.

Retrocedió hacia la repisa de la chimenea y, al instante, extendió la mano con brusquedad y extrajo una. Parecía la única forma de escapar.

Los dos hombres compararon las cerillas sobre la mesa, bajo la luz eléctrica.

Lord Newhaven estalló en una carcajada.

Hugh permaneció inmóvil un segundo y, acto seguido, se marchó.

CAPÍTULO III

*¿Estás bien tú? ¿Está bien tu marido?*⁶

Cuando Lady Newhaven salió con sigilo del comedor detrás de su esposo y Hugh y se detuvo en la puerta del despacho, no los siguió con la intención deliberada de observarlos a hurtadillas, sino por un vago impulso de angustia suspicaz. Pero se acuclilló junto a la puerta con su vestido de satén blanco para escuchar con atención.

En el interior, ninguno de los dos hombres se movía. Sólo uno hablaba. No se oía ningún otro sonido que amortiguara la inconfundible voz grave de su esposo. El silencio que siguió a su última frase, «¿quiere extraer una?», se interrumpió con una carcajada, tras la que ella apenas tuvo tiempo de retirarse de la puerta a toda prisa antes de que saliera Hugh hacia un hueco oscuro que había bajo la escalera. Casi la rozó a su paso. Debió haberla visto si hubiera sido capaz de ver algo, pero se marchó como un resorte sin prestar atención. Y cuando ella avanzó unos pasos para observar adónde se dirigía, lo vio atravesar el vestíbulo y adentrarse en la noche sin el sombrero y el abrigo, para asombro de los criados, que se quedaron mirándolo.

⁶ Segundo de Reyes 4, 26.

Retrocedió para subir la escalera y se cruzó con su esposo, que salía con detenimiento del estudio. La miró fijamente mientras ella se aferraba temblorosa a la barandilla. A él no se le alteró la mirada y ella percibió entonces de súbito que él lo había sabido desde siempre. Se llevó la mano a la cabeza.

—Pareces cansada —comentó en el tono de voz al que estaba acostumbrada—. Sería mejor que te acostaras.

Ascendió por la escalera a trompicones, con premura, agarrándose a la barandilla, y entró en su dormitorio.

La doncella le estaba esperando junto al tocador y sus tenues luces. Y recordó que había dado una fiesta y que llevaba puestos los diamantes.

Tardaría mucho tiempo en desabrochárselos. Tiró con la mano trémula del colgante del sol de diamantes que pendía sobre el pecho. Su esposo se lo regaló cuando nació su hijo mayor. La doncella le retiró del pelo la tiara con delicadeza y cortó los hilvanes que cosían los diamantes sobre su pecho y sus hombros. ¿Es que no iba a acabar nunca? Le estaba retirando con mimo el encaje del vestido, con su centenar de presillas abrochadas.

—Córtalo —dijo con impaciencia—. Córtalo.

Por fin se quedó en bata y sola. Se arrojó sobre el sofá, la cara sobre el respaldo. Su actitud tenía ese toque de artificialidad natural en ella.

Había llegado el diluvio y, sin proponérselo, lo recibió como se lo habría hecho recibir ella misma a una heroína si hubiera sido novelista: con una bata blanca con cintas rosas y una actitud estereotipada de desesperación, sobre un diván.

Se supone que la conciencia nos vuelve cobardes a todos, pero todos hemos tenido la experiencia de que quienes carecen de imaginación se vuelven cobardes sólo cuando se les descubre.

¿Tuvo David remordimientos de conciencia cuando Urias cayó durante el asedio a la ciudad? Si los tuvo, seguro que se estremeció ante el obvio paralelismo con la historia del profeta sobre la ovejita.⁷ Pero, por lo que parece, permaneció sereno y romo hasta que el indignado autor del «tú eres ese hombre» lo clavó de improviso a la cruz de su pecado.

Y así sucedía con Lady Newhaven. Había pasado los veintisiete años de su vida creyéndose una persona devota y virtuosa. Estaba tan acostumbrada a la idea que se había convertido en un hábito; pero, ahora, todo el respeto que se tenía le fue arrancado de un tirón. Los acontecimientos del año anterior no le habían arrebatado ni un hilo, ni siquiera le habían quitado el sueño. Le fue arrancado por entero y la sacudida le dejó desfallecida y sobrecogida.

Jamás se le había pasado por la mente la idea de que su esposo lo supiera y hubiera considerado adecuado ocultárselo, como tampoco la mera probabilidad de que alguno de los criados la hubiera visto arrodillada escuchando tras la cerradura. El error que cometen todas las personas poco observadoras es suponer que los demás son tan poco observadores como ellas.

¿Por qué espantoso accidente, se preguntaba, se había producido esta hecatombe? Pensó en todos los incidentes obvios que le habrían revelado el secreto a ella misma; la carta que se le cayó, el semblante alterado, la mentira torpemente construida. No. Estaba convencida de que había guardado el secreto con un cuidado minucioso, escrupuloso. Lo único que había olvidado en sus cálculos era el carácter de su esposo, si es que, en realidad, se pudiera decir que había olvidado algo que jamás había conocido.

⁷ Segundo de Samuel 12, 1-15.

A ojos de su esposa, Lord Newhaven era un hombre sosegado y de pocas palabras. Jamás se le había ocurrido pensar que sus pocas palabras no lo representaran en su totalidad. Decía a sus amigos a menudo que él transitaba por la vida con los ojos cerrados. Y Lord Newhaven tenía una costumbre de entrecerrar los ojos que la reafirmaba en su opinión. Cuando ella se topaba con personas de las que, al cabo de un tiempo, se descubría que tenían afectos e intereses de los que no habían hablado, las calificaba de «astutas». Hasta esta noche, jamás había pensado que Edward fuera «astuto». ¿Cómo había descubierto él, de entre todos, este..., este...? No encontraba palabras para nombrar su propia conducta, aunque las palabras no le habrían faltado si hubiera pretendido denunciar esa misma conducta en otra esposa y madre.

Poco a poco, «el espanto absoluto de su situación», por utilizar su propio vocabulario, se le impuso en la mente como la humedad aflora a través de un papel pintado alegre. ¡Qué importaba cómo hubiera realizado el descubrimiento! Lo había descubierto y estaba perdida. Repetía las palabras entre pequeñas boqueadas. ¡Perdida! ¡Su reputación, echada a perder! La suya, la de Violet Newhaven. Era de todo punto imposible que le hubiera sucedido semejante cosa a una mujer como ella. Era una vil calumnia de la que Edward tenía que ocuparse. Él era bueno con esas cosas. Pero no, Edward no iba a ayudarla. Ella había cometido... Arrebatada por el pánico, extendió las manos como para protegerse de un golpe. Los hechos no venían acompañados de ninguna vergüenza, pero la palabra..., la palabra le hería como una espada.

Su mente débil, aturdida por un instante, trataba de hallar una solución.

Se divorciaría de ella. Aparecería en los periódicos. Pero no. ¿Qué era lo que le había dicho a Hugh...? «No se debe mencionar ningún nombre. Se debe evitar todo escándalo».

Sintió un escalofrío y contuvo la respiración. Había que resolverlo de algún otro modo. Se le quedó la mente en blanco. ¡Otro modo! ¿De qué modo? Recordó y se le escapó un grito sin articular. Lo habían echado a suertes.

¿Cuál de ellos había extraído la cerilla más corta?

Su esposo se había reído. Pero él se reía de todo. Nunca era serio de verdad, siempre frívolo y cruel. Si la hubiera extraído él mismo, se habría reído. Pero ¿Hugh? Recordó haber visto su cara pálida cuando pasó junto a ella. No, debía de ser Hugh quien la había escogido; Hugh, a quien amaba. Se retorció las manos y gimió, casi en voz alta: «¿Cuál? ¿Cuál de los dos?».

Hubo un leve movimiento en la habitación contigua, se abrió la puerta y apareció Lord Newhaven bajo el dintel. Todavía llevaba el traje de noche.

—¿Has llamado? —preguntó en voz baja—. ¿Estás enferma?

Se acercó y se detuvo junto a ella.

—No —respondió con voz ronca mientras se incorporaba y le miraba fijamente.

Había en sus ojos desesperación y suspense. En los de él no se apreciaba ningún cambio y ella recordó que jamás lo había visto enfadado. Tal vez no sabía cuándo estaba enfadado.

Empezó a darse la vuelta, pero ella lo detuvo.

—Espera —dijo.

Y él se volvió y puso en ella sus fríos ojos atentos. No traslucían el menor desprecio ni había indignación en el porte. Si le habían agitado

esos sentimientos, debió de haber sido hacía ya tiempo. Si los había afrontado y vencido en secreto, también debía de haber sido hacía ya tiempo. Tomó un ejemplar de *Imitación de Cristo* encuadernado en el peculiar tono lila tan de moda en aquella época y se lo cambió de mano.

—Estas exaltada —observó tras un instante de pausa— y yo, al menos, no querría que tuviéramos una escena.

No le hizo caso.

—He escuchado al otro lado de la puerta —dijo con una voz áspera y antinatural.

—Lo sé perfectamente.

Una especie de horror pareció envolver la habitación familiar. Los propios muebles parecían palabras conocidas que, de repente, se hubieran dispuesto para mostrar un terrible significado nuevo.

—Nunca me has amado —le reprochó.

Él no respondió, pero la miró un instante con aire de gravedad y ella se avergonzó.

—¿Por qué no te divorcias de mí, si me consideras tan malvada?

—Por el bien de los niños —respondió con un ligero cambio en el tono de voz.

Teddy, el mayor, había nacido en esa misma habitación. ¿Recordaba alguno de los dos aquella mañana gris de hacía seis años?

Se produjo un silencio que se podía cortar.

—¿Quién ha sacado la cerilla más corta? —susurró antes de reparar en que había hablado.

—No he venido aquí para responder preguntas —replicó—. Y yo no he hecho ninguna. Habrás visto que tampoco te he culpado. Pero deseo que no vuelvas a referirte a este tema y que recuerdes que no pretendo discutirlo contigo.

Dejó el ejemplar de *Imitación de Cristo* y se dirigió a su dormitorio.

Con un movimiento repentino, ella se arrodilló ante él y lo tomó del brazo. Su actitud hacía pensar en la de una aficionada.

—¿Quién ha sacado la cerilla más corta? —jadeó, con su pequeño rostro mirando hacia arriba, pálido y convulso.

—Lo sabrás dentro de cinco meses —respondió.

Luego, se desembarazó de su abrazo convulso y abandonó la habitación cerrando la puerta despacio al salir.

CAPÍTULO IV

¡Pagaréis uno por uno los pecados que de dos en dos cometisteis!

RUYARD KIPLING⁸

Cuando Hugh despertó la mañana siguiente a la fiesta de Lady Newhaven, el día ya estaba bastante avanzado. A una noche calurosa siguió un día caluroso. Durante unos segundos permaneció tendido como quien emerge del influjo de la morfina, como quien siente su cuerpo maltrecho todavía insensible flotando en un mar de reposo, pero es consciente de que retorna a las amargas costas del dolor y no mueve manos ni pies por miedo a acelerar el roce de las hirientes arenas a las que muy pronto volverá a ser arrojado en agonía.

Su mente se despejó un poco. El rostro serio de Rachel destacaba sobre un fondo oscuro; un fondo seguramente más oscuro que el de la noche estival. Recordaba con desprecio de sí mismo la extravagante emoción que había despertado en él.

«Absurdo», se dijo con la desconfianza de todos los manantiales de emoción pura repentinos a la que raras veces escapan quienes la

⁸ Del poema «Tomlinson».

han despilfarrado. Y, a continuación, otro recuerdo, que sólo una pócima para dormir habría logrado mantener a raya, se abalanzó sobre él como una pantera sobre su presa.

Había extraído la cerilla más corta.

Se incorporó con un sobresalto y, a continuación, se recostó tembloroso.

—¡Oh, Dios mío! —dijo sin querer.

Permaneció inmóvil diciéndose que esa pesadilla atroz pasaría, que se desvanecería con la luz del día.

Su criado entró sin hacer ruido con una taza de café y un pequeño fajo de correspondencia.

Fingió dormir, pero, cuando el sirviente se marchó, extendió la mano agitada hacia el café y se lo bebió.

La niebla que le cubría la mente fue levantándose poco a poco. Poco a poco, también, el espanto de su rostro se aclaró hasta mostrar desesperación, igual que un prado en penumbra se aclara bajo la escarcha nocturna. Había extraído la cerilla corta. Nada en el Cielo o la Tierra podía alterar ese hecho.

No se detuvo a preguntarse cómo había acabado enterándose Lord Newhaven de su propia deshonra ni por la extraña arma con la que se había vengado. Repasó todos los detalles de su reunión con él en el despacho. Le habían obligado. Había sido arrojado a una situación infame. Debía haberse negado a escoger. No estaba de acuerdo con sortear. En todo caso, se había echado a suertes. Y sabía que, si hubiera que volver a hacerlo, otra vez se habría visto obligado a escoger una cerilla por esa voluntad de hierro ante la que él era una simple brizna de paja. Si se hubiera negado, no podría haber afrontado la burla de aquellos terribles ojos entrecerrados.

—No había nada que hacer —dijo Hugh casi en voz alta. Y, sin embargo, ¡moriría por su propia mano al cabo de cinco meses! Era increíble. Era ridículo.

«Nunca acepté», se dijo con vehemencia.

En todo caso, se había sorteado. El recuerdo regresaba siempre para depositar su fría mano en el corazón y, con él, acudía la amarga convicción de que si Lord Newhaven hubiera extraído la cerilla corta habría cumplido el acuerdo al pie de la letra. Por extravagante, anticristiano o lo que quiera que se hubiera podido decir, de hecho, de tan pecaminoso acuerdo, Lord Newhaven lo habría cumplido.

«Supongo que yo también debo cumplirlo —pensó Hugh mientras le brotaba un sudor frío en la frente—. Supongo que el honor me obliga a mí también a cumplirlo».

Su mente padeció al considerar la alternativa.

Juzgar a un hombre tan mal como había juzgado a Lord Newhaven; aceptar tácitamente... Ahí es donde residió su error. Cualquiera otro, ese amigo suyo con el rostro de caoba y acento colonial, se habría negado a escoger y habría abatido a Lord Newhaven y lo habría dejado medio muerto, o habría sido abatido por él y quedado medio muerto. Pero aceptar tácitamente un medio por el que el hombre injuriado ponía en peligro su vida para vengar su honor y, después, eludir el destino que un azar por entero imparcial había depositado sobre él, en lugar de sobre su antagonista..., ¡era demasiado miserable! ¡Demasiado vil! Las mejillas pálidas de Hugh ardían.

«Estoy obligado», se repetía despacio, una y otra vez. No había forma de escapar.

Intuyendo algún peligro en ciernes, la noche anterior decía «yo saldré». Tenía despejada la retirada. Ahora le habían cortado la retaguardia para siempre con un leve gesto.

«No puedo salir», decía el estornino, cuyas plumas pectorales se estropeaban al golpearse contra los barrotes.

«No puedo salir», dijo Hugh al entrar por primera vez en contacto con los barrotes que acabaría conociendo tan bien, los barrotes de esa prisión que había construido con sus propias manos.

Contempló el futuro con la mirada perdida. Ahora no tenía ningún futuro. Miraba delante de sí con expresión ausente, como un hombre que se asomara por la ventana a la ancha extensión de un prado, unos bosques agitados y unas colinas lejanas que sus ojos hubieran visto todas las mañanas de su vida y las descubriera... muertas. Era increíble. Se sintió aturdido. Cuando retrocedió ante el abismo, su mente agitada golpeó contra un punto fijo y, agarrándose a él, se quedó paralizada.

¡Su madre!

Su madre era viuda y él era su único hijo varón. Si se suicidaba, le rompería el corazón. Gimió y apartó la idea de su mente. Era demasiado afilada. No podía soportarla.

Le había vencido su pecado, no peor que el de muchos otros hombres. Había obrado mal. Lo reconocía, pero esta monstruosa sentencia dictada contra él carecía de toda proporción con respecto a la ofensa. Y al igual que el castigo de una enfermedad maligna y contagiosa, no sólo recaería sobre él, sino también sobre sus seres más próximos, sobre su madre y su hermana inocentes. Era injusto, injusto, injusto.

Se le dibujó en el rostro una mirada muy amarga. Jamás había odiado tanto a nadie, pero ahora invadía su corazón algo muy parecido al

odio hacia Lady Newhaven. Le había arrastrado hacia la destrucción. Le había tentado. Era así con certeza, aunque tal vez no fuera esa la visión que el ángel de la guarda de ella proyectara sobre la cuestión.

Entre las cartas que el criado le llevó reconoció de súbito que la de arriba tenía la caligrafía de Lady Newhaven. La ira y la repulsión se apoderaron de él. No había duda de que sería la primera de una serie. «¿Por qué estaba tan alterado? ¿Qué había hecho para ofenderlo?», etcétera, etcétera. Sabía el contenido de antemano, o pensaba que lo sabía. Se levantó despacio, arrojó la nota sin abrirla a la chimenea vacía y le puso una cerilla. La observó arder.

Era su primer acto de rebelión explícita contra su yugo, el primer paso que un hombre da al azar por la más próxima de las muchas sendas muy trilladas para dejar a una mujer. No se le ocurrió pensar que quizá Lady Newhaven le hubiera escrito para hablarle de su reunión con su esposo. Conocía lo suficiente a Lord Newhaven para estar absolutamente seguro de que no mencionaría el asunto a ninguna criatura, menos aún a su esposa.

«Ni yo tampoco —se dijo—. Y en cuanto a ella, romperé desde hoy mismo».

Durante una o dos semanas siguieron llegándole breves notas rosadas con aquella elegante caligrafía retorcida y, después, cesaron.

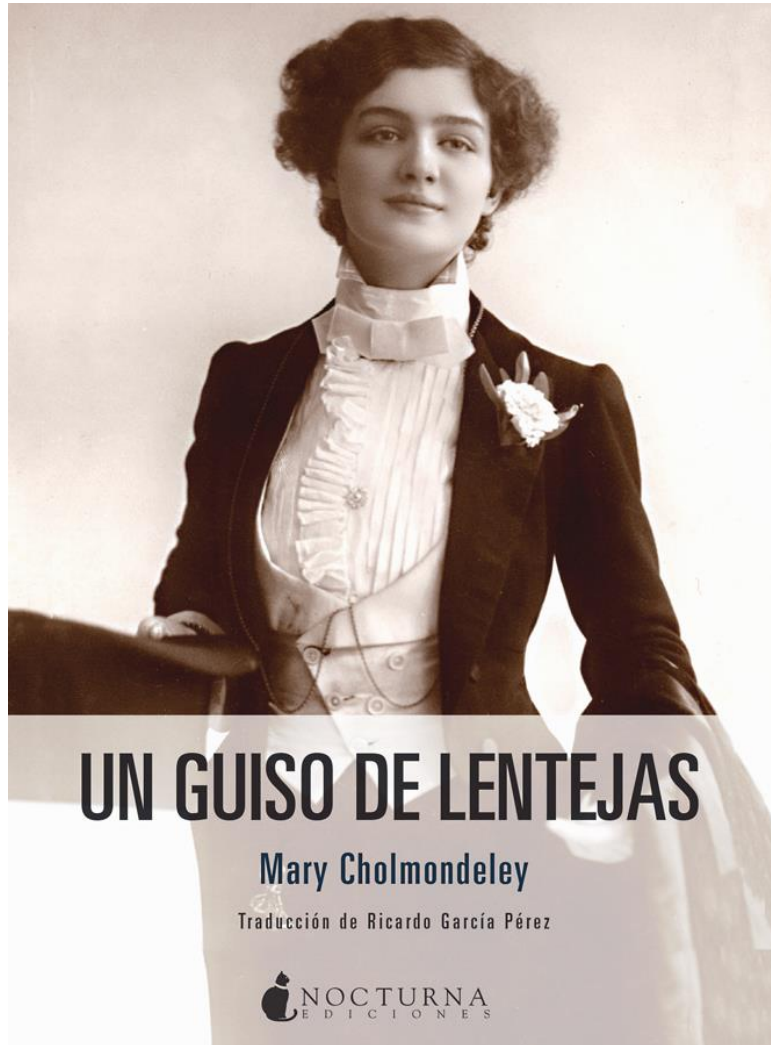
Hugh era un hombre de muchos compromisos sociales. Cuando ese mismo día, más tarde, los recordó, su primer impulso fue arrojarlos por la borda y abandonar Londres. Pero Lord Newhaven tendría conocimiento de su marcha y sonreiría. Decidió quedarse y conti-

nuar como si nada hubiera sucedido. Cuando cayó la noche, se vistió con la meticulosidad habitual, comprobó la hora de su cita y partió para cenar con los Loftus.

SIGUE LEYENDO

UN GUISO DE LENTEJAS

Mary Cholmondeley



ISBN: 978-84-16858-87-3 | PVP: 19,00 € | A la venta: 18-3-2019

 **NOCTURNA**
EDICIONES